

# JORGE SEMPRÚN

La imaginación política

ANTONIO ELORZA

El 8 de marzo de 1918, hace noventa años, ante el VII Congreso del partido bolchevique, Lenin firmaba el acta de nacimiento de un protagonista de la historia del siglo xx que él mismo había forjado para Rusia: el Partido Comunista. La conquista del poder por el proletariado en Rusia convertía en anticuada la denominación de “socialdemócrata”. “Al crear los obreros su propio Estado, el viejo concepto de democracia –de democracia burguesa– ha quedado superado en el proceso de desarrollo de nuestra revolución”. Todavía en la línea de *El Estado y la revolución*, Lenin se apoyaba en el mito de la Comuna de París para proponer que con la gestión del Estado por los trabajadores “desaparece el aparato especial de administración” y surge algo nuevo, la democracia proletaria, supuesto para la desaparición progresiva del Estado. “El Poder soviético es un nuevo tipo de Estado sin burocracia, sin policía, sin ejército permanente, en el que la democracia burguesa es sustituida por una nueva democracia”. Además existía otra divisoria a resaltar, la finalidad de una sociedad igualitaria: “de ahí que el nombre de Partido Comunista sea el único acertado desde el punto de vista científico”.

La utopía únicamente se veía empañada por un tercer componente, la violencia, una violencia implacable y sistemática contra los enemigos de clase, instrumento indispensable para la edificación del nuevo mundo socialista. Una violencia que por las notas del propio Lenin sabemos que se convirtió pronto, antes de que llegara Stalin, en un terrorismo de Estado dirigido a aniqui-

lar a todos aquellos que pudieran convertirse en obstáculos para el nuevo orden revolucionario. El tipo de partido creado por Lenin se adaptó muy bien a la nueva situación, convertido de hecho –primero en la URSS y por asimilación forzosa en el resto del mundo– en una organización militar, carente de todo atisbo de pluralismo interno, de acuerdo con la burocratización y la exaltación de un liderazgo carismático, reflejo del ejercido por Stalin. Las dos oleadas de grandes procesos, antes de 1939 en la URSS y después de 1947 en las democracias populares, pusieron de manifiesto el terrible potencial represivo de la doble maquinaria estatal y partidaria del comunismo. Pero al mismo tiempo, la primavera de los frentes populares y el papel desempeñado contra su voluntad por “la patria del socialismo” frente a la Alemania nazi permitieron que sobreviviera la esperanza de que el comunismo cumpliera su promesa de emancipación.

En el caso de España, el protagonismo comunista fue tanto más acusado por constituir el partido comunista, en los planos real y simbólico, el único adversario que la dictadura de Franco no había conseguido borrar del todo. Contaba además el antecedente del PCE como bastión del frente popular, de manera que tras la muerte de Stalin se abría la posibilidad de que abordara la recuperación de la democracia en condiciones tan precarias por su escasa fuerza como privilegiadas por su centralidad en el marco de la oposición. En contra de esa opción se encontraba la rigidez de un grupo dirigente constituido en los años 30 en torno a Pa-

sionaria, con una clara impronta estaliniana y escasa capacidad política. A favor, la divisoria generacional, que en la crisis de 1956, con la sorprendente apuesta de Dolores Ibarruri por “lo nuevo”, puso el poder en manos de la generación joven, personificada por Santiago Carrillo y por su número dos, Fernando Claudín.

Es en esta circunstancia favorable cuando tiene lugar la llegada de Jorge Semprún al nivel directivo, con el ingreso en el Buró Político (pronto Comité Ejecutivo). Semprún era un comunista singular en muchos aspectos. Nacido en 1923, “procedente de una familia burguesa, emparentado con la dinastía burguesa de los Maura”, según su nota autobiográfica, e hijo de un republicano católico, el temprano exilio en París le había llevado a adquirir una formación literaria y filosófica que le hizo descubrir “el marxismo”. También muy pronto a las duras experiencias de la resistencia comunista frente a la ocupación alemana y de la reclusión en el campo de concentración de Buchenwald. Nada tiene de extraño que ese ejercicio de militancia y supervivencia sea siempre en él un componente decisivo a la hora de forjar su personalidad política. Con el lastre que su nivel intelectual representaba en un partido decididamente obrerista, a pesar de la estima que por él sentía Pasionaria y con la única compañía posible de Fernando Claudín, fue lo que él mismo reconoció en diversas ocasiones la fortuna de acceder a las responsabilidades de dirección coincidiendo con un período de cambio lo que le permitió desempeñar un papel político excepcional, tanto en su fracasada opo-

sición a Carrillo de 1964 como antes en sus años de dirigente comunista clandestino en Madrid, iniciado en 1953 y cerrado sólo en diciembre de 1962. Lo que esto representaba fue evocado más tarde por él mismo: “tuve más poder como miembro del PCE en la clandestinidad que como ministro de Cultura” (declaraciones a *El Periódico* de Aragón, 2004).

“Mi historia personal –se felicitará Jorge Semprún en una entrevista con Juan Cruz, publicada por *El País*– está relacionada con la época menos oscura de la época del Partido Comunista”. El informe Jrushev en el XX Congreso del PCUS confirmaba la dimensión emancipatoria del movimiento y señalaba la exigencia de una revisión a fondo, no sólo de los “errores” y de las tragedias, sino también de la concepción política que hasta entonces ligara indisolublemente comunismo y tiranía. “Yo tuve la suerte de empezar mis actividades después de la muerte de Stalin. O sea, en el período del 53, donde comienza tímida y oscuramente en los aparatos de los partidos europeos, y no públicamente, lo que luego se codifica en el XX Congreso del PCUS, la crítica a Stalin, la corrección de una serie de métodos administrativos y brutales, la rehabilitación de algunas víctimas, el cierre de los campos de concentración en los países del Este y en la Rusia postestaliniana, el regreso de los presos del Gulag...”.

## De la vivencia a la teoría

La *Autobiografía* que bajo el nombre de Federico Sánchez redacta el 31 de julio de 1956 ofrece un resumen casi telegráfico de

su actividad como dirigente comunista clandestino en la España de Franco: “A partir de 1950-51 comienzo a trabajar en cuestiones intelectuales relacionadas con el interior, junto al camarada Víctor Velasco y bajo su orientación. En mayo de 1953, comienzo a trabajar como instructor del P. En el interior del país, en relación con los intelectuales y estudiantes. Delegado al V Congreso del Partido. Elegido en éste miembro del Comité Central. En el invierno 1954-1955, trabajo en París en la Comisión del Interior. Desde julio de 1955, trabajo permanentemente en Madrid”. A esto cabría añadir los datos de su nombramiento para el Comité Ejecutivo, entonces Buró Político del PCE, por el Pleno del Comité Central en agosto de 1956 y el regreso definitivo de Madrid, tras una increíble supervivencia como líder del partido en el interior, en diciembre de 1962.

De la labor de Semprún, quedan muestras en el Archivo del PCE, sobre todo de sus entrevistas con personalidades de la cultura y con jóvenes universitarios. Surge de ahí la perspectiva de poner en marcha una movilización estudiantil en torno a objetivos aparentemente culturales, pero de inequívoco carácter democrático. Un primer hito es la reunión del propio Semprún, en el bulevar Sain-Germain de París, con Santiago Carrillo y con Enrique Múgica Herzog, de donde surge la idea de convocar un Congreso de Escritores Jóvenes. En meses sucesivos, tras una primera movilización aprovechando el entierro de José Ortega y Gasset, la meta consistirá en reunir un Congreso de estudiantes. En su gestación



Jorge Semprún

aparecen los nombres del propio Múgica, de Javier Pradera, de Ramón Tamames, y en su desarrollo participarán jóvenes alejados de la izquierda, casos de Gabriel Elorriaga y de Ruiz Gallardón. Los sucesos universitarios de febrero de 1956 fueron el resultado de esa preparación, que por vez primera enfrentó a las minorías activas de la Universidad con el régimen.

La innovación política que suponía el enfoque de Semprún queda de manifiesto en el artículo publicado en *Mundo Obrero*, de enero de 1956, bajo la firma de Federico Sánchez, y con el anodino título de “Responsabilidad y tareas de los estudiantes comunistas”. Como fruto de sus relaciones con intelectuales del interior, el giro hacia la reconciliación nacional apunta ya, según viera Gregorio Morán, en su intervención ante el V Congreso del partido, en septiembre del 54: “Hemos seguido con el reloj parado en el mes de mayo de 1939 -advierde-, repitiendo conceptos que pudieron ser justos, pero que la historia había ido vaciando de contenido”. A primera vista, se trata de una aplicación rutinaria al tema universitario de la consigna de Frente Nacional Antifascista, aprobada en el V

Congreso del Partido. Una lectura más atenta permite, sin embargo, distinguir una serie de matices por debajo de la lengua de palo en la superficie. Para empezar, el diagnóstico de la situación no consiste en las habituales generalizaciones triunfalistas, sino en una descripción marcada por cierto optimismo, y también por una vocación de comunicar una situación real. No tenemos delante universitarios que de modo creciente se incorporan a la lucha antifranquista, validando la consigna del frente que llama a las organizaciones a unirse al PCE, sino “diversos grupos” que “van perfilándose, por encima de divergencias ideológicas, de confusiones”, cuyas insuficiencias son debidas a “la falta de libertad para el intercambio de ideas y la discusión”. El discurso se sitúa así dentro de un espacio estrictamente democrático, no sólo porque la democracia sea la finalidad perseguida por los antifranquistas, sino porque el debate plural constituye la esencia de la libertad. Por supuesto, la libertad es la meta, y en este punto la situación descrita nada tiene de triunfalista sobre el presente, si bien anuncia un futuro mejor “a medida que sectores cada vez más amplios de la sociedad espa-

ñola vayan rompiendo con la pasividad y pasen a utilizar todas las posibilidades de acción que ya existen de forma objetiva”. La visión de Semprún es dialéctica. Al paso a la acción de los antifranquistas corresponderán “reacciones violentas del régimen para recobrar lo perdido, lo irremediablemente perdido”.

La lucha de los universitarios por la democracia no es, pues, un *factum*, sino un *feri*. Algo a construir, que no depende simplemente de que los demás acepten la visión de las cosas propuestas por el partido, sino de que éste sea capaz de aunar voluntades y de crear un marco dentro del cual esa democracia interna permita canalizar el pluralismo, superar la vigente “dispersión”. Un primer requisito consiste en atraer a toda fuerza que se oponga al régimen, asumiendo su especificidad: no sólo “estudiantes republicanos, socialistas y comunistas, pero también debe estarlo los estudiantes monárquicos antifranquistas, los grupos católicos que aspiran al restablecimiento de las libertades democráticas en la Universidad y el país, y también los círculos juveniles desgajados de Falange”.

Semprún hacía uso de un planteamiento togliattiano, por encima de las etiquetas utilizadas habitualmente en los llamamientos del partido a la unidad, y con una clara apoyatura en la realidad del momento. Así podría surgir, a su juicio, “la unidad estudiantil antifascista”. El lenguaje utilizado sorprende al recoger en positivo la expresión “telón de acero”, aplicada al aislamiento deliberado del régimen, que los universitarios deben superar asumiendo “todas las corrientes pro-

gresivas del mundo, [la] lucha por el establecimiento de relaciones culturales con todos los países sin discriminación”. Pero el último término, el reconocimiento pleno del pluralismo constituye la principal garantía del éxito, recogiendo las diversas aspiraciones “sin dogmatismos preconcebidos”. Esta ahí la cláusula de cautela que presidirá su discurso hasta la discusión del 64. El corte del cordón umbilical en este punto respecto del estalinismo era un hecho.

Semprún contemplaba además la experiencia unitaria y plural al mismo tiempo del movimiento universitario como una plataforma a partir de la cual pudiera ser construida una política comunista del mismo signo y con un alcance superior. Frente a la irrealizable coalición por el vértice propugnada por el partido, el proceso unitario pensado por Semprún hacía del movimiento universitario el germen para una deseable oposición entre pueblo y dictadura, desarrollada por medios estrictamente democráticos. “Todo permite afirmar –advertía– que es posible organizar la acción decidida por una amplia mayoría estudiantil. Y esa acción vendrá a fundirse y a reforzar la lucha general del pueblo contra el régimen franquista en descomposición (sic)...”. El viraje que pocos meses después aprueba la dirección del PCE, al lanzar la consigna de reconciliación nacional, era la culminación lógica de tal planteamiento.

El pronóstico pecaba de un desaforado optimismo. No obstante, el itinerario seguido por Federico Sánchez en su argumentación ponía de relieve su singular procedimiento de elaboración de la teoría. El marxismo no era para él una sucesión de dictámenes sobre la realidad, acuñados a partir de evidencias indemostrables y reforzados mediante el uso de un lenguaje codificado, signo de ortodoxia, sino un enfoque que partía de un conocimiento directo de la realidad, sometida al filtro de las categorías marxistas. Ni tenía sentido el re-

lato o la crónica de aquello que ocurría de no ser sometido a un proceso de reflexión, a una reelaboración por la mente; ni ésta podía actuar sin una percepción inmediata la realidad que proporcionara aquellos datos imprescindibles para dar forma a la teoría revolucionaria.

Años más tarde, explicará para la creación literaria este flujo circular en uno de los pasajes de su novela *Quel beau dimanche!*: (preferimos este título al español de *Aquel domingo*): “¿Se ha vivido realmente algo que no se alcanza a narrar...? ¿Vivir de verdad no es transformar en conciencia –es decir, en vivencias memorizadas, al tiempo susceptibles de pasar a ser proyectos– una experiencia personal?”.

En sus años de clandestinidad madrileña, Semprún no se conforma con cumplir la misión que le ha sido encargada. En los períodos de reclusión forzosa en el piso de refugio de la calle Concepción Bahamonde, pone en marcha su proyecto literario que desemboca en la redacción de *El largo viaje* (1963). Por lo que él mismo nos cuenta en *La escritura y la vida*, es el hecho de escuchar las recurrentes y deshilvanadas historias del dueño de la casa, superviviente de Mauthausen, lo que de repente le lleva a dar ese salto, ordenando los fragmentos mediante la reflexión en un ejercicio de *memoria recuperada*. Es una dimensión de la clandestinidad que marca el origen de su prolongada trayectoria como creador. La otra consiste en el intento de ir más allá de la transmisión de las consignas y del cumplimiento del deber de dirección, mirando a un futuro que requerirá del partido mucho más que la obediencia ciega y la resistencia contra la represión.

Es lo que se concreta en el informe sobre organización presentado en 1959 al VI Congreso del PCE en el exilio. Su propuesta consiste en aprovechar el crecimiento en la militancia para promover una renovación, en el sentido de un rejuvenecimiento de los cargos, adaptado al cambio económico que despunta en Es-

paña. Falta a su juicio “confianza en las fuerzas jóvenes”, sin duda por parte de quienes vienen de la guerra civil. Y sobre todo se trata de ir configurando otro tipo de organización, más allá del entramado de contactos individuales propio de una rígida clandestinidad. La vida política consiste entonces en “una verdadera cadena de citas y entrevistas, la mayoría en la calle”, pensando siempre en evitar a la policía. Hay que ir, propone Federico Sánchez, hacia un partido de masas, con una red de comités que tengan capacidad para promover las acciones de masas y para conocer y debatir los problemas del entorno social en que se mueven: “que se desarrolle en su seno [de los comités] una profunda, viva y concreta discusión política de los problemas de la industria, del sindicato, de la barriada, del pueblo o cortijo que constituya su esfera de acción específica”. De nuevo una clara orientación hacia el pluralismo y la democracia interna.

La caracterización en el informe del buen dirigente comunista constituye de hecho una crítica encubierta al centralismo burocrático, tal y como éste funciona en un PCE que elige en ese momento a Santiago Carrillo como secretario general: “Un dirigente comunista no sólo tiene que saber exponer nuestra política, también tiene que saber escuchar. Y saber escuchar no es tan fácil como parece: saber escuchar a los camaradas, saber escuchar a las masas, saber escuchar las voces y los rumores de la realidad social de nuestro países”. Las semillas de la divergencia comenzaban a germinar, a partir de la experiencia de Federico Sánchez como dirigente en la clandestinidad. Las vivencias constituían ya el fundamento de la reflexión teórica.

No todo es, sin embargo, novedoso. El legado estaliniano sigue ahí, y curiosamente aflora en el campo de la crítica cultural, donde hubiera sido más fácil desplegar una mayor libertad de espíritu. Claro que son los tiempos en que los progresos de la URSS bajo Jrushev confieren a

los comunistas esa enorme seguridad de que da prueba el artículo de Claudín en *Nuestras ideas* donde compara la seguridad científica del comunismo con la teoría del átomo. En esos años Federico Sánchez carga una y otra vez contra el pensamiento de Ortega y Gasset, al que considera como adversario principal para la difusión del marxismo en España. La apreciación no carecía de fundamento, pero resulta expresada por medio de una caracterización tópica, desprovista de todo matiz, a partir del artículo “Ortega y Gasset, o la filosofía de una época de crisis”, publicado en 1956 dentro del mismo número de *Nuestra bandera* donde Carrillo da el aldabonazo de defender el ingreso de España en la ONU. Federico Sánchez lamenta el arraigo conseguido por las ideas de Ortega en “amplios medios de la intelectualidad española”. Frente a ese hecho dictamina que “el orteguismo carece de toda base científica, que sus formulaciones esenciales son mixtificaciones de la realidad”. En años sucesivos, volverá sobre la condena sin mayores aportaciones, utilizando las páginas de la revista teórica del partido, *Nuestras ideas*.

Era una vía muerta desde el punto de vista político. Lo que va a contar es el sentido de la realidad de Semprún, puesto de relieve precisamente en uno de los artículos anti-Ortega, publicado en el primer número de *Nuestras ideas*, en 1957: “En España, de unos años a esta parte, se están produciendo cambios notables, sin que la estructura formal del régimen se haya alterado”. Gracias a esa sensibilidad, vinculado ya para el caso a Fernando Claudín, percibirá a partir de 1959 el coste que para la estrategia de reconciliación nacional, y para la propia supervivencia del partido frente a la represión, representa el regreso a una concepción dualista, de choque frontal, pensando en poner fin a la dictadura por medio de una irrealizable huelga nacional pacífica. A la paciente labor de ir construyendo el partido desde la realidad social se sus-

tituye el erróneo diagnóstico de que el pueblo, impulsado desde el PCE, podrá de un golpe provocar el derrumbamiento de la dictadura. Regresaba la imagen heroica, cargada de esperanzas inútiles, que alimentara la política del partido hasta 1956. Y detrás del error había algo tal vez más grave: la insistencia en mantener la estructura política del partido tradicional, como si la misma no llevara consigo toda la carga de irracionalidad del estalinismo y pudiera además seguir siendo válida a la hora de aplicar cualquier política concreta que aconsejaran las circunstancias. En suma, lo que al final del recorrido explicará Carrillo a Lilly Marcou en su *Communisme malgré tout*, de 1984. Su eurocomunismo no procedía de Gramsci ni de Togliatti, sino del Stalin que aconseja la vía parlamentaria a Largo Caballero a fines de 1936. Era en los años 70 como en los 60 la política democrática desarrollada por el partido comunista *de siempre*.

### Imaginación frente a dogmatismo

El anuncio de una ruptura de Jorge Semprún con la línea general fijada desde el vértice del PCE, esto es, por Santiago Carrillo, se encuentra ya en el primer número de la nueva revista del partido cuya dirección le es asignada. Sucesora de *Nuestras ideas*, Semprún le da el significativo título de *Realidad*. Ve la luz en 1963, y en sus páginas Federico Sánchez firma unas "Observaciones sobre una discusión". En principio, el ensayo aspiraba a dar cuenta del debate abierto por el PC de China frente al supuesto reformismo del partido comunista soviético. Sin embargo, Semprún utiliza el tema de actualidad a modo de pretexto para plantear lo que le interesa en verdad: si hay una discusión en el seno del movimiento comunista es porque el XX Congreso del PCUS ha planteado el tema fundamental de la necesaria superación del estalinismo de una forma equivocada. De manera más rotunda que Togliatti, Semprún

rechaza la validez del cauce abierto por la crítica del "culto a la personalidad", que hace recaer sobre un individuo la responsabilidad de los actos de barbarie cometidos en la era de Stalin y deja intacta la actuación del partido y del Estado.

Lo que Semprún propone es "la liquidación del sistema institucional que ha venido llamándose (de forma un tanto impropia, más metafórica que científica) sistema *del culto a la personalidad*". Bajo esta denominación, hay que entender un sistema de dirección unipersonal, autoritario y burocrático, de la vida del partido y del Estado, en una sociedad socialista. Las características más negativas de dicho sistema se reflejaban en la limitación desorbitada del funcionamiento de la democracia socialista y en la violencia repetida y sistemática de la legalidad institucional".

Más allá de los lamentos personales de *Pasionaria*, quien tras albergar a Stalin "en el sagrario del alma", veía ahora que "se le caían los palos del sombrero", Carrillo encontró la salida de emergencia de otros líderes comunistas. Ante todo, designar un chivo emisario, aquí Vicente Uribe, para proclamar la exigencia de abordarlo y el triunfo del PCE en la lucha contra el famoso culto. A continuación, recordar que al parecer el partido ya había emprendido con anterioridad la depuración de semejantes procesos degenerativos. Una vez aceptado esto, toda insistencia en el tema resultaba, no sólo inútil sino contraria a los intereses de un movimiento comunista obligado a reconocer la grandeza de la revisión emprendida en el XX Congreso y el carácter inmaculado de la construcción del socialismo a pesar de los errores cometidos por el líder supremo. Semprún tendrá ocasión de comprobar la intensidad de esta opción defensiva aun antes de los debates del 64, cuando se vea obligado a renunciar a la publicación de un segundo artículo, en el siguiente número de *Realidad*, ante el disgusto mostrado por el secretario general del partido.

No se trataba de una discusión de tipo arqueológico, sino de la puesta en cuestión de un movimiento comunista que seguía fiel a un estalinismo sin Stalin. Esto es, todo sin Stalin, condenando a Stalin, pero actuando como Stalin, al acudir al subterfugio de que la política comunista reencontraba el buen camino perdido desde la muerte de Lenin con sólo mantener las reglas de funcionamiento vigentes en el partido-Estado de la URSS, y en sus partidos satélites. A efectos de romper este círculo vicioso, siguiendo la tradición de tantos otros reformadores, Jorge Semprún intentó validar su propósito al presentarlo como una consecuencia inevitable del viraje operado en el XX Congreso: "la estrechez dogmática, la rigidez de fórmulas petrificadas, anticuadas, la solución administrativa de los problemas culturales, comienzan a ser sustituidos por una discusión real, viva, concreta, de los problemas de todo tipo que exigen ser abordados resueltamente, audazmente, por el movimiento revolucionario". Su petición equivalía a sustituir el modo de elaborar la política vigente en el PCE por medio de un debate abierto en el interior del partido, el cual por añadidura, entre líneas, apuntaba a una revisión de los planteamientos tácticos basados en una oposición frontal al franquismo. De acuerdo con lo que por los mismos momentos elaboraba Fernando Claudín, a juicio de Semprún resultaba preciso actuar de otro modo, "utilizando de forma revolucionaria todas las posibilidades legales".

El recordatorio de la cuestión del estalinismo surgía además como exigencia para que la nueva política emprendida en 1956 no se viera agostada por el regreso al principio de la infalibilidad del líder. Claudín lo explica al abrir el debate en enero de 1964, a la vista de lo sucedido, primero en la discusión del 62 sobre la cuestión agraria y luego en el curso de un polémico seminario de filosofía donde Carrillo irrumpió con una dura intervención no esperada que venía a suponer una

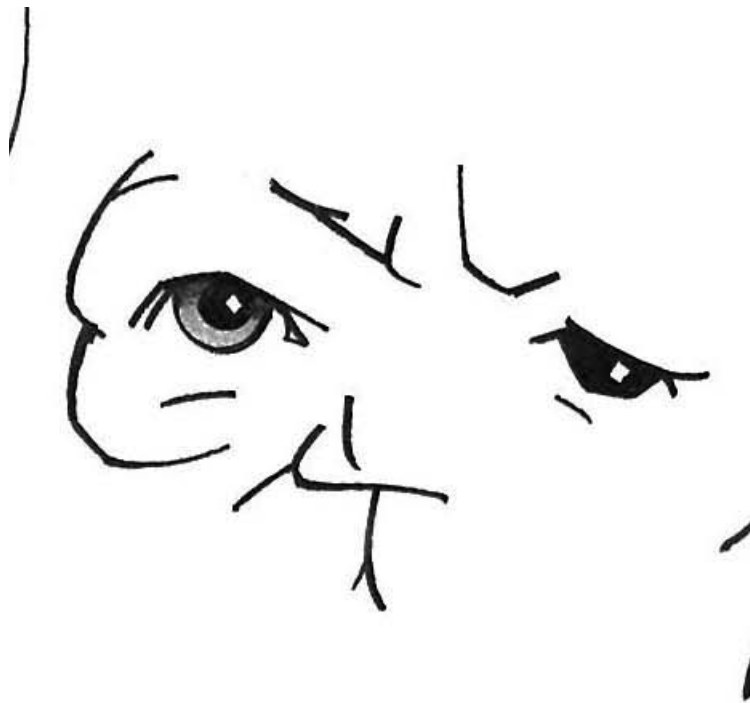
curiosa defensa del dogmatismo. Podía a su juicio darse una concepción dogmática, en tanto que fiel a los principios, compatible con una aplicación a la política concreta no dogmática. Claudín ponía sobre la mesa que la actitud de Carrillo implicaba la subordinación de todas las opiniones, incluso de todos los análisis, a la decisión suprema del secretario general. Toda oposición a sus planteamientos llevaba de inmediato a la descalificación, como si estuviera vigente en el partido la antigua máxima de la CEDA de que "el jefe no se equivoca". Tal pretensión resultaba aun más injustificable a la vista de unos nullos conocimientos teóricos que además Carrillo exhibía a modo de pruebas de su acierto. Recordemos el memorable juicio pronunciado durante la intervención en el seminario de filosofía: "tengo una noción muy vaga de quien es Plejánov, y hasta me suena que Plejánov era un menchevique, porque Lenin lo combatió, con razón". Si Lenin lo combatió, fuera quien fuera y dijera lo que dijera su oponente, como si ahora el secretario general hacia lo mismo sobre algo y contra alguien, siempre sería "con razón".

Quedaba ya definida la visión política, entonces vertida sobre la reconciliación nacional, y dos décadas más tarde en el curso de la polémica con los renovadores, cuando ya había sido acuñada la etiqueta de "eurocomunismo". Para Carrillo, consistía éste en desarrollar una política democrática desde el partido comunista de siempre, el forjado bajo Stalin, y con el consiguiente personalismo a ultranza: todo debate cesa "una vez que Santiago ha llegado a una conclusión". No bastaba, pues, con "liquidar las formas exteriores del culto". El voluntarismo, el dogmatismo y la vocación de infalibilidad del secretario general se constituían en supuestos para la elaboración de una política errónea.

El punto de partida, tanto de Semprún como de Claudín, era bien claro: la consigna de huelga nacional pacífica había fracasado;

y no sólo eso, comprometía los ya escasos recursos del partido al exponer innecesariamente los trabajos de su preparación a los militantes. Y en la medida que era el fruto de un determinado planteamiento teórico, hacía imprescindible una respuesta en el mismo terreno. Tal será el sentido de las intervenciones de Fernando Claudín ante el Comité Ejecutivo de su partido entre enero y abril de 1964, que luego recogerá como *Documentos de una divergencia comunista*. El protagonismo de Claudín, para bien y para mal, a la sazón una mente comunista clásica, forjará la imagen de un discurso homogéneo, del cual habría participado Semprún. Lo cierto es que éste compartirá las principales críticas y como consecuencia las sanciones a que da lugar la revisión doctrinal de Claudín. Pero las reglas de argumentación y, en definitiva, el procedimiento de análisis, no son siempre coincidentes, aun cuando muchas veces lo sea su vocabulario en cuanto a la fidelidad a las rigideces de la *lengua de palo* propia del movimiento comunista.

La exigencia de un debate en profundidad constituía la principal lección a extraer del fracaso de la consigna de Huelga Nacional Pacífica, llave para Carrillo de que la propuesta de reconciliación nacional provocara la destrucción del régimen de Franco. En su *Autobiografía de Federico Sánchez*, Semprún es terminante: “Pero aquel año. En 1962, cuando volví de Madrid después de las grandes acciones de huelga que no desembocaron en la Hache Ene Pe, porque la Hache Ene Pe no era la desembocadura de nada real, sino la embocadura de los sueños”. Precisamente porque había existido en 1962 un potente movimiento huelguístico, con Asturias en la vanguardia, pudo comprobarse que el crecimiento de los conflictos no abría la posibilidad de una huelga general impulsada desde el PCE. La conflictividad del 62 puso en marcha el movimiento ascendente de Comisiones Obreras, pluriforme y fruto de las necesidades



materiales de los trabajadores, eso sí, encauzadas por los militantes comunistas, pero no producto de una consigna.

Con el lenguaje convencional, asociado en buena medida a la jerga comunista francesa en torno al concepto de “capitalismo monopolista de Estado”, Claudín dibujó en torno a los planteamientos de Carrillo un movimiento en pinza. Frente al arcaísmo de los análisis económicos de la dirección, anclados en la idea de que el Plan de Desarrollo era un fracaso y la penuria seguía dominando las vidas de los españoles, Claudín advertía desde su primera intervención crítica el 24 de enero acerca de las posibilidades abiertas para los trabajadores por un crecimiento económico en cuyo marco confluían la presión de aquellos y la disposición a la flexibilidad de una burguesía en trance de enriquecimiento. “La mejora en la situación económica de las masas —explica Claudín—, es el resultado de su lucha, pero también de la posición práctica que la burguesía ha tenido de hacer concesiones”. Corolario: ello “proporciona mayor margen de maniobra política a la oligarquía”. Claudín planteaba así una lectura optimista de los atisbos de liberalización del régimen, propiciados por la bonanza económica, para de ahí deducir que el partido no podía contentarse con una oposición

frontal: “en esa nueva situación deberemos intervenir en ella, minarla, organizar la alianza de las fuerzas democráticas”.

Hasta aquí, la diáfana aceptación del principio de realidad, que de forma demasiado visible evocaba uno de los pecados capitales para todo comunista, ese reformismo que hará a Dolores Ibarruri calificar a Claudín de “profeta de la desgracia” quien mediante una “quejumbrosa peroración socialdemócrata” pretendía del partido “arrancarle su alma proletaria y revolucionaria, hacerlo químicamente puro sin la negrura (sic) de las barbas de Marx o la clarividente agudeza sarcástica de Lenin”. “Su método analítico no es el de un marxista —concluía Dolores—, sino el de un reformista pequeñoburgués”. Miedoso o impotente. Así que para evitar semejante estigma no había otro remedio que envolver la propuesta en un ropaje teórico radical, de corte leninista, elaborado a partir del reconocimiento de que a la burguesía, o si se quiere a la oligarquía, o si se quiere aun al capitalismo monopolista de Estado, le correspondía el protagonismo en el proceso, por encima de cualquier solución intermedia democrática, y ello proporcionaba la ventaja de colocar a la sociedad española en la antecámara de la revolución socialista.

Con toda la pesadez de la jerga al uso, Claudín denunciaba

“la falta de base en la España actual para una revolución democrática que no sea aún la revolución socialista, que permanezca en los marcos del capitalismo al mismo tiempo que elimina del poder político al poder monopolista, que cubra toda una etapa de desarrollo no capitalista monopolista y no socialista”. Así que, por un, lado imperaba un criterio de adecuación, que de acuerdo con la experiencia sindical aconsejara la preparación de algo parecido a la EDA griega, un partido criptocomunista dispuesto a aprovechar el menor resquicio de legalidad, y por otro el sacrificio al dios de la ciencia marxista arrancaba al proyecto de Claudín de la realidad, sacrificándolo al mito del omnipotente capitalismo monopolista de Estado.

Convergente en muchos aspectos, y sobre todo en la conclusión, con el planteamiento de Fernando Claudín, el presentado por “Federico Sánchez” en los debates de enero y de marzo-abril de 1964 arranca de una premisa diferente, ya explicitada en su artículo de *Realidad*: “los problemas teóricos y prácticos de la revolución no se resuelven a golpes de citas, se resuelven en la experiencia de la vida concreta”. A partir de ahí, y de la libre discusión en los órganos directivos, podrán cobrar forma “el rigor y la claridad de la teoría revolucionaria”. En su intervención de 30 de enero de 1964 ante el Comité Ejecutivo, Semprún intenta pegarse al máximo a los planteamientos de Carrillo, en cuanto apuntan a una perspectiva de cambio en la España franquista, para al mismo tiempo propugnar una política de presión en el tránsito de la dictadura fascista a otra forma de poder, siempre éste en manos de “la oligarquía”. Lo novedoso en su análisis consiste en ver ese tránsito como un proceso muy amplio y complejo de recomposición de las formas de poder, a todos los niveles, tal y como vendrían a probar los cambios experimentados en la acción y en la política sindicales. No estamos ante diagnósticos establecidos a priori,

desde los cuales son trazadas las líneas de la política a seguir atendiendo a las formulaciones clásicas del marxismo-leninismo, sino ante un intento, balbuciente en ocasiones, de lectura de un proceso de mutación entre formas de poder interrelacionadas dentro del sistema social.

Lo esencial sería entender que el PCE debe insertar su política activamente en ese conjunto de transformaciones, cuyo alcance y orientación positiva dependerán, no sólo de la capacidad analítica, sino incluso del potencial de imaginación en el grupo dirigente del partido: “Una sociedad no se ahueca y se viene abajo hueca. En lo social hay un proceso constante de cambios, de descomposiciones y de otros factores que ponen en su lugar (...) Pero en la recomposición de las estructuras de la sociedad española, que se va produciendo lentamente, complejamente en todo momento no sólo se recomponen o aparecen formas nuevas de la burguesía, ahí piensan aparecer también ya formas que no dependen de la influencia de las fuerzas democráticas, de la influencia del Partido.

¿No es ya una cierta forma de recomposición la extensión de la oposición sindical, por ejemplo? Claro que es una cierta forma, que tiene una enorme importancia (...).

O sea, que la recomposición es muy compleja. Se van recomponiendo las formas burguesas de dominación (de) la sociedad que son diferentes ya de las formas fascistas, pero que se insertan en ellas y se van desarrollando otras formas de intervenir en la sociedad, que son formas en muchos casos directamente impulsadas, y a veces hasta diré utilizando una palabra poco científica, hasta imaginadas por el Partido”.

La extensa cita permite calibrar la distancia existente entre la reflexión política de Semprún y la de los demás dirigentes españoles, incluso en relación a Claudín, con quien coincide en el fondo del diagnóstico. Pero el itinerario intelectual es otro. Las

categorías empleadas surgen a partir de la observación participante, gracias a la cual puede percibir los dos procesos simultáneos, y en gran medida convergentes, de cambio en la mentalidad de una burguesía que empieza a pensar de acuerdo con sus intereses favorecidos por el incipiente desarrollo económico y tiene la mirada puesta en cómo preservar su hegemonía y la nueva incidencia de los trabajadores con una nueva forma de acción sindical, que les permite asimismo “intervenir en la sociedad”, acceder a algún grado de ese poder del que fueran totalmente privados desde la guerra civil. Son las dos vertientes a tener en cuenta de una misma realidad, sobre las cuales el papel del partido comunista consiste en “impulsar directamente” la segunda, tomando en consideración ambas. Llegado a este punto, Semprún es consciente de la distancia a que se encuentra del discurso oficial y acude a una palabra que ya hubiera sido adecuada para expresar su propuesta organizativa del VI Congreso: la imaginación.

Era una palabra que no cabía en el vocabulario comunista, y menos en el de un PCE que en el mejor de los casos gracias a Santiago Carrillo, con la ayuda de Claudín, pudo experimentar una puesta al día de la vieja maquinaria política de marca estaliniana al reconocer los fracasos del pasado y, como consecuencia, ver la necesidad de presentar propuestas de actualización, acertadas unas, como la política de reconciliación nacional, disparatadas otras, como el anuncio de la huelga nacional pacífica. Además el PCE era fiel heredero del obrerismo que presidiera la vida política del PSOE de Pablo Iglesias, con la consiguiente mezcla de desprecio y de desconfianza ante los intelectuales. “El partido lo dirigen los ignorantes, no los filósofos”, dirá Carrillo en el calor del debate, ofreciendo una nueva versión del “muera la inteligencia”. “El manejo de términos filológicos puede apabullar a los camaradas” y “eso no era un buen

procedimiento”, insistía. A su vez, la conocida frase de Pasionaria, en réplica a Claudín, cuando se refiere a los “intelectuales cabeza de chorlito”, se encuadraba en realidad en una amonestación más dura, portadora de un desenlace acorde con la lógica estaliniana: la exclusión del puesto de dirigente, paso previo para la expulsión del partido. La clase obrera no tenía necesidad de la razón, sino de la lucha. Había que responder “a los intereses de las masas” y no ganarse un puesto “en tertulias” con “fama de chico bueno, sensato e incluso de sociólogo” (sic). Frente a la pretensión de autonomía por parte de la inteligencia, la respuesta tenía que ser la misma de Lenin, castigando a los pretendidos intelectuales “con burlas sarcásticas”, antes de arrojarles a las tinieblas exteriores.

El significado de las divergencias iba así mucho más allá de una diferencia en el diagnóstico sobre la situación económica y política de España. La afrenta de Claudín y de Semprún, al poner por delante la exigencia de informar y argumentar, ponía en tela de juicio el tranquilo poder absoluto de un secretario general, convencido de la propia infalibilidad, en calidad de representante nato de una clase obrera a la cual supuestamente pertenecía, lo mismo que su coro de dirigentes fieles, a pesar de que desde décadas atrás no pisaran un lugar de trabajo. Se lo recordará “Federico Sánchez” en el curso de su intervención de 31 de enero de 1964 ante el Comité Ejecutivo. Ni él era un hombre cargado de diplomas universitarios, ni a su modo los dirigentes comunistas eran otra cosa que intelectuales, eso sí “de distinto signo”. “Ha llegado la ocasión de que liquidemos una cierta concepción mitológica de la composición de la dirección del partido”, concluía. Para Carrillo, al margen de apuntar a la disminución de asistencia al fútbol como signo de malestar en España justo en el año de la apoteosis por el campeonato de Europa, todo estaba claro: Fernando y Federico “viven a mil kiló-

metros de la clase obrera”.

Se trataba asimismo por parte de la dirección de evitar una deriva del PCE hacia la autonomía política y una crítica hacia el sistema soviético, tal y como esbozaba ya el PCI bajo la dirección de Palmiro Togliatti, el delegado-tutor que de hecho estuvo al frente del partido español por designación de la Comintern entre 1937 y 1939. Entonces habían ya germinado diferencias entre el entonces llamado “Ercoli” y dirigentes como Pasionaria por el radicalismo de ésta. Llegaba la hora de la revancha, favorecida por la asimilación forzada entre el estilo político del PCI y una forma débil de comunismo intelectualizado. “Italiano”, aplicado a Semprún, adquiriría esa connotación peyorativa, que Pasionaria se encargó de remachar con un ataque directo al secretario general del PCI, quien por su falta de resolución no era digno de ser imitado: sobre la URSS daba prueba de “un poco de oportunismo”. El PCE tenía que seguir su propio camino, “independientemente de lo que diga Togliatti”, esto es, atenerse al molde soviético y renunciar a toda profundización en una crítica del estalinismo que debía darse por asunto cerrado.

La de Semprún constituía al mismo tiempo una reivindicación de la labor intelectual en la elaboración de una estrategia y un recuerdo de que en la práctica, referencia implícita al 56, el movimiento cultural podía tener implicaciones políticas y ser la base de la propia organización. En este sentido, el comunismo italiano abría en cambio otras perspectivas (de ahí que Semprún decidiera remitir, vía Rossanda, en julio de 1964 un memorando a Togliatti “À propos d’une discussion dans le PCE”), tanto en la crítica hacia la URSS como en los enfoques políticos. La situación española se caracterizaba en cambio por la existencia en la realidad de dos partidos, uno de ellos formado por los “revolucionarios profesionales”, en torno a la dirección, y otro exterior a ese círculo, “un

enorme partido, mucho menos formado”. De cara a una futura vida legal, la fusión de ambos resultaba imprescindible. Era una lúcida profecía de lo que va a suceder tras la muerte de Franco, cuando el partido de masas gestado en el interior reciba el golpe de la llegada a España de unos dirigentes convencidos de su legitimidad para ejercer el mando y ajenos en gran medida a los problemas del país.

Una vez más, el recorrido desembocaba en la cuestión del dogmatismo de raíz estaliniana, visto por Semprún no como un fundamentalismo que se atiene a la ortodoxia del pasado, sino como una actitud cerrada que impide toda discusión y, en consecuencia, toda racionalización de la política, al convertir las decisiones del vértice —el secretario general— en dogmas intocables. Tomaba por ejemplo en su intervención del 31 de marzo las descalificaciones recibidas “sin conocer el seminario [de filosofía], sin conocer los textos, basándose exclusivamente en la opinión dada sobre él por Santiago”. Él pensaba por todo el partido y no admitía opinión alguna que contrariase sus dictámenes. A pequeña escala, de manera implícita, Carrillo venía a reproducir la figura omnipotente y castradora de Stalin. De ahí que fuera preciso rematar en el comunismo español la tarea fijada por el XX Congreso del PCUS: “Es un problema fundamental de la liquidación de los errores teóricos y de las deformaciones teóricas consecutivas al culto a la personalidad”.

En el límite, la actitud dogmática, al forzar la preeminencia indiscutible de la interpretación dada por el máximo dirigente sobre el análisis de la realidad elaborado a partir de la misma, tal y como “Federico Sánchez” practicara desde 1955, llevaba al PCE a un callejón sin salida: “El dogmatismo, camaradas, no es sólo —quiero decirlo de paso— el que se mantengan tesis antiguas, anticuadas, rebasadas por la historia. El dogma-

tismo puede ser también la introducción de tesis totalmente nuevas (...) La esencia del dogmatismo reside no en que sea nuevo o viejo, reside en que son tesis que se imponen a la realidad sin tener en cuenta el criterio de la práctica. Y sin aceptar que esas tesis sean discutidas, ni por la realidad misma, ni por los hombres que participan en la transformación de la realidad. Eso es el dogmatismo” (intervención de 31 de marzo).

El cumplimiento de la sentencia de exclusión definitiva se aplazará varios meses y será dada a conocer de forma muy tardía, con fecha en abril de 1965, por su “labor fraccional”, como muestra de una aparente voluntad de conciliación. La alternativa teórica elaborada por Claudín, difundida primero por él mismo y luego en microversión con notas de refutación puntual dentro de *Nuestra bandera*, (enero del 65), ocupará el escenario visible de la polémica, hasta que ya en 1977 Jorge Semprún redacte su *Autobiografía de Federico Sánchez*. El propio Carrillo había propiciado ese protagonismo del debate doctrinal con la publicación en octubre de 1965 de su *Después de Franco, ¿qué?* Por el momento, quienes se encontraban en un auténtico callejón sin salida político eran los expulsados. Su discurso había sido elaborado desde y para una organización política a la que ahora carecían de todo acceso. En su esfuerzo de dar nuevos contenidos a la política del partido, “Federico Sánchez” aparecía como uno de esos *schiaivi* de Miguel Ángel que se esfuerzan sin éxito por abandonar el bloque de piedra en que están encerrados y alcanzar una auténtica forma humana. Algo similar le sucedió a su principal referente exterior, el italiano Palmiro Togliatti, pero éste prefirió a fin de cuentas permanecer ligado a la piedra. También Semprún lo intentará a su modo temporalmente, al esbozar sin éxito nuevos proyectos de teoría marxista revolucionaria. No obstante, ya durante

la clandestinidad había encontrado la fórmula para escapar de la camisa de fuerza sin por ello renunciar al compromiso. La literatura y la escritura cinematográfica, a partir del guión de *La guerre est finie*, de 1966, serán los cauces que le permitan mantener tal exigencia al asumir la fractura con el pasado comunista desde un permanente ejercicio de reflexión sustentado en la recreación de la memoria.

### El vacío de la razón

Sorprendentemente, a partir de la expulsión, y de acuerdo con el sesgo radical de los últimos textos presentados por Claudín en el debate, Semprún sigue a su compañero en el salto hacia la izquierda sobrevolando las posiciones del secretario general. Puestos a buscar comparaciones, salimos de Bujarin para ir a dar con Trotski. El realismo que presidiera las críticas dirigidas contra el voluntarismo cede paso a un desbordamiento por la izquierda de los planteamientos del secretario general del PCE. El objetivo democrático resulta presentado como signo de reformismo y cobra forma una nueva elaboración teórica, a partir de la premisa de que el desarrollo del famoso capitalismo monopolista de Estado constituye la premisa del socialismo. Claudín resume esta tesis en la carta al Comité Ejecutivo de 5 de septiembre de 1964 —“la perspectiva revolucionaria que no puede ser otra que la revolución socialista”— y la desarrolla plenamente en un largo artículo titulado “Dos concepciones de la vía española hacia el socialismo”, destinado a ejercer una notable influencia sobre el izquierdismo hispano de años sucesivos. La razón es bien simple: proporcionaba al mismo tiempo un esquema revolucionario diáfano de marchamo leninista y una desautorización del PCE en cuanto partido reformista, presentándole por añadidura como falto de sensibilidad para apreciar las líneas de cambio que desde la economía opera-

ban en la sociedad española.

El giro se vio además favorecido por la coincidencia en el tiempo de la publicación de las expulsiones con la preparación de una nueva revista teórica, los *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, a partir de la Editorial Ruedo Ibérico que dirigía José Martínez, personaje de muy fuerte personalidad, una especie de anarcobolchevique tan antifranquista como anticomunista. En su libro *José Martínez: la epopeya de Ruedo Ibérico*, Albert Forment narra cómo en marzo de 1965, con la revista ya diseñada, Martínez ofrece integrar a Claudín y a Semprún en el proyecto y que ambos lo aceptan “deseosos de encontrar una plataforma pública desde la cual continuar con cierta audiencia y estimable repercusión pública su militancia comunista y sus combates antifranquistas”. Martínez y Semprún figurarán en calidad de co-directores cuando sale a la calle el primer número, a finales de junio, si bien la carga del trabajo de preparación del mismo debió recaer sobre el primero.

En cambio, el perfil ideológico de la revista, en las cuarenta y cinco líneas de presentación, recupera puntualmente la actitud definida por Jorge Semprún en los debates internos del año anterior. Se trata de asumir el pluralismo de las nuevas formas de oposición antifranquista, para desde ahí buscar una respuesta unitaria, rechazando de antemano la bestia negra de siempre, el dogmatismo. La propuesta de ir hacia la teoría revolucionaria tomando la práctica, el conocimiento de la realidad, a modo de punto de partida, responde asimismo a la constantes semprunianas: “Rigor quiere decir, modestamente, en nuestro caso, atenerse a la realidad para proyectar sobre ella los esquemas teóricos de su posible transformación, dentro de las normas metodológicas del pluralismo (sic) científico: polo opuesto de toda ortodoxia mineralizada, de todo pensamiento dogmático”. El innomi-

nado PCE seguía siendo el blanco principal de la crítica. Lo refrendaba la alusión inmediata al criterio de una “práctica teórica” orientada a “la aprehensión de la realidad española y mundial”. La dimensión teleológica, en fin, respondía a la visión de Claudín y no podía ser otra que “la transformación socialista de la sociedad”.

A la vista de lo anterior, nada tiene de extraño que los artículos publicados por Jorge Semprún en los primeros *Cuadernos* y en el suplemento titulado *Horizonte español 1966* resulten complementarios de las tesis de Claudín y de paso registren una ostensible pérdida de frescura al encontrarse el autor privado del contacto vivificante con la sociedad española. No era su fuerte la elaboración de una teoría revolucionaria sobre la base de grandes esquemas en los cuales iban encajando los datos procedentes de la realidad. Pero lo va a intentar. En el titulado “Vietnam y la estrategia socialista” (*CRI*, 9, 1966) propone una reconstrucción unitaria del movimiento socialista, necesaria para luchar contra “el universo alienante de la sociedad de consumo”. En su ensayo más ambicioso, “Notas sobre izquierdismo y reformismo” (*CRI*, 2, 1965), aborda “un proyecto teórico, de esclarecimiento conceptual”, insistiendo en la historicidad de los conceptos y enfrentándose por consiguiente a la presentación del leninismo como un imperio de citas. “Al leninismo no *se vuelve*, al leninismo *se va*”, propone en forma orteguiana. El reformismo implica a su juicio adaptación del pensamiento marxista a la realidad, marginando el “proyecto revolucionario global” que sería en cambio el rasgo definitorio del izquierdismo, que ignora las mediaciones previas. Fácil es prever lo que Semprún entiende entonces por “marxismo consecuente”.

El mayor interés reside, sin embargo, en la revisión histórica incluida en el *Horizonte español 1966* con el título de “La



oposición política en España 1956-1966”. Piensa en el PCE y en la Democracia Cristiana como posibles fuerzas hegemónicas del futuro, siempre en el marco del inevitable capitalismo monopolista de Estado, y critica el “obrerismo metafísico” en nombre de la necesaria articulación del movimiento obrero con la teoría, encarnada en los intelectuales marxistas. Sigue en pie el realismo al predecir la convergencia de intereses burgueses y obreros a favor del crecimiento económico, pero acaba imperando el esquematismo, según el cual los izquierdistas, tipo FLP, subestimarían la democracia política, en tanto que el PCE lo haría con “el carácter objetivamente socialista de la transformación revolucionaria planteada en España, en un sistema de capitalismo monopolista de Estado”. Ni más ni menos. La frescura de los textos de la clandestinidad se ha desvanecido y vuelve el lenguaje ritual, con la única ventaja de prescindir de todo determinismo: de ahí que no le resulte posible “vaticinar sus próximas peripecias”, pensando en la oposición antifranquista. La teoría revolucionaria va a parar de nuevo a una vía muerta.

A fines de los 60, el fuego no se ha extinguido todavía. Es el tiempo de *La segunda muerte de Ramón Mercader* y de *La confe-*

*sión*, guión del filme de Costa-Gavras a partir del libro de Arthur London. Aceptada como película anticomunista por la censura de Franco, de su proyección fue eliminado en España un significativo *graffiti* escrito en los muros de Praga: “Lenin, se han vuelto locos”. Como si Lenin no hubiera hecho lo mismo que Brezhnev, y con brutalidad sin duda mayor. Un espectador de *La confesión*, lo mismo que un lector del libro de London, podía juzgar lo ocurrido reproduciendo las pautas del informe Jrushév: el comunismo bajo Stalin se había convertido en barbarie organizada, pero existía un verdadero comunismo con rostro humano, como el de la primavera de Praga, encarnado por el personaje de Yves Montand. En *La segunda muerte*, la escritura literaria permite mayor precisión, en la referencia al comunismo como “la escandalosa degradación de esta inmensa, sobrehumana empresa”, juicio elaborado al contemplar los retratos de Lenin y de Ulbricht. El veredicto sobre el estalinismo no ofrece dudas: “¿qué fuerzas sociales habrán podido madurar en nuestra sociedad burocrática —pone Semprún en boca del comunista—, uno de cuyos objetivos es justamente borrar las fuerzas sociales, su poder de negación, de puesta en cuestión, de desorden

creador?” Del resplandor de Octubre procede todavía, a pesar de todo, la exigencia de “un futuro a reinventar”.

Cuando en el albor de los años 80 Semprún escribe *Quel beau dimanche!*, el resplandor se ha apagado definitivamente. No es que la emancipación de la humanidad fuera una meta inalcanzable, sino que es en ese objetivo universalista donde se encuentra la clave de todos los males posteriores, y entonces su origen no ha de ser buscado en Lenin, sino en Marx, quien al proponer el futuro de una sociedad sin clases, alcanzable mediante la dictadura del proletariado, “articula la mortífera locura del bolchevismo”. En este balance final, Semprún reconoce sin embargo que es esa dimensión teleológica, el imposible que genera la sinrazón, donde se encuentra la base de la adhesión al comunismo: “la profunda sinrazón del marxismo, como teoría de la práctica revolucionaria universal, ha sido nuestra razón de vivir. En todo caso la mía”. Así que “vivo sin razón”, concluía en plan irónico. Le quedaban la memoria y la escritura. ■

Antonio Elorza es catedrático de Ciencia Política en la UCM.